

Capítulo 36 - Cecilia - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

- [Capítulo 36 - Cecilia - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Capítulo 36 - Cecilia - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

Por un momento, solo estuvimos Cecilia y yo en pantalla. Ella hablaba en círculos. Al principio, pensé que simplemente repetía sus líneas para obtener una mejor toma para Carrousel, pero luego empecé a sospechar que le faltaban algunas de sus facultades superiores.

“Cuando Howard me repare, creo que competiré por Miss Carrousel. Tendré que cambiar mi nombre, por supuesto, pero eso casi no es un problema. Si puedes cambiar tu nombre, puedes cambiar quién eres,” afirmó. Después de unos instantes, añadió: “Oh, realmente no tienes idea de cuán hermosa es esa chica. La vi en la fiesta. Ella fue el centro de atención.”

Eso no era del todo cierto. La doctora Halle era quien captaba la atención de todos los demás, pero Kimberly era el centro de atención para Cecilia.

“Howard dice que no puede garantizar que me vea igual que antes, pero eso me da igual. Mi vieja vida no es algo por lo que valga la pena volver, de cualquier modo. Una hija bonita es un mérito para su padre. ¿No es así la expresión? Sin duda, así lo sentía.”

“¿Alguna vez te postulaste para Miss Carrousel antes de...” Comencé a decir, pero me di cuenta en el último segundo de que preguntarle qué le había pasado podría haber sido justo lo que activara su tropo de No Despiertes a la Bestia.

No quería despertar a la bestia. Ni un poquito.

“¿Cuando era hermosa?” preguntó ella.

El aire pareció abandonarnos en la habitación. Pensé que percibí una vorágine escondida en su voz.

Yo me encogí de hombros.

Ella me miró con expresión dramática. No poder ver su rostro ni sus ojos hacía imposible saber qué pasaba en su mente. Probé las correas que me sujetaban a la cama del hospital. Estaban firmes, como un cinturón traicionero.

Ella tomó con cuidado mi mano herida.

Admiró la destreza de sus largos y delgados dedos. Tal vez parecían dedos de pianista, pensaba. Gris como la muerte, pero largos y ágiles.

¿De qué criatura podrían haber salido? Pensé que quizás eran dedos de mono, dadas las partes animales, pero tampoco era correcto. Tenían una artificialidad inconfundible.

Ella cerró mi mano, apretándola con fuerza.

Luego respondió a mi pregunta.

“Sí, me postulé para Miss Carrousel. No fue idea mía. Me lo ordenaron. Y lo hice. No pensaban igual los chismosos, pero siempre han sido tan crueles. Solo éramos yo, la chica que atendía en la recepción del negocio de mi padre, y Julie Havers. Las demás se retiraron. Julie tenía un yeso en una pierna. Tuvo que quitárselo antes de tiempo para la competencia. Su hermano lo hizo con una sierra eléctrica. Observé. No sé cómo no le salió sangre. Olores tan fuertes salían de su yeso. Como si estuviera pudriéndose.”

Sus dedos enguantados se movieron sobre los míos nuevos, apretándolos, probándolos.

“Ella sufría un dolor terrible, ¿sabes? Todo el tiempo. Todos la miraban, preguntándose cuándo su pierna simplemente... podría romperse. No sé cómo lograba ocultar el dolor en su rostro para los jueces. Siempre la admiré por eso. No mereces la belleza si no puedes soportar el dolor...”

Cecilia se dejó llevar por un recuerdo.

Tragué saliva con dificultad.

Del otro lado de la habitación, Isaac soltó un quejido. Estaba despertando. Temía lo que podría ocurrir cuando recobrarla la sobriedad y comprendiera su situación.

“Parece que casi ha descubierto el proceso,” dije, intentando mantener una actitud positiva.

Cecilia miró de regreso hacia Isaac.

“No. Todavía no. Aún no entiende el proceso de moldeo. He escuchado promesas durante más de una década sin cumplir ninguna. No me he rendido. Nunca puedes rendirte,” afirmó. “El dolor no importa. Solo importan las posibilidades.”

Comencé a sospechar que Cecilia podría haber sido drogada. Las pausas en su voz. La determinación de simplemente flotar hacia el futuro sin un destino... todo era tan familiar.

También sospechaba otra cosa. Quizá Cecilia no era su nombre real. Tenía mis dudas.

“El doctor Halle era el médico personal de Jed Geist,” dije. “¿Lo conociste?”

Cecilia no contestó por un momento.

“Era un buen hombre,” dijo con un quiebro en la voz. “Nunca lograron descubrir quién lo mató, ¿verdad? Escuché que era el último Geist vivo, pero no creo que cuente. Nunca le importaron su familia. Los dejó quemarse y los desechó... Algunos dicen que los Geists merecían lo que les pasó. ¿Tú qué piensas?”

No podía responder. Aún no nos habían contado qué habían hecho exactamente.

“La mayoría de las personas no merecen lo que les sucede,” dije.

Ella hizo una pausa otra vez. Podía sentir su mirada sobre mí, aunque no podía verla.

“Algunas sí,” dijo con frialdad. Fue lo último que dijo en esa escena.

¿Cómo encajaba Cecilia en todo esto? Había una persona en el centro de todo. Una sola persona que conectaba los experimentos de Halle con la muerte de Jed Geist.

Al final, ese era el punto. Averiguar quién mató a Jed Geist y por qué. Pero Bobby sabía que el guion podía seguir varias direcciones.

Tenía ideas, pero ¿cómo las probaba sin activar su tropos? Tendría que esperar a estar libre de ataduras. Necesitaría un arma y una ruta de escape antes de provocar esa situación.

Isaac comenzó a gemir más fuerte, llorando.

Cecilia salió corriendo en cuanto él empezó, como si su angustia fuera una tortura para ella.

Él siguió llorando, luego soltó gritos de horror.

Estaba empujando contra sus restricciones, desesperado por escapar.

“¡Isaac!” grité. “¡Isaac! ¡Escúchame!”

Me miró con su nuevo ojo. La mitad de su rostro que no estaba herida permanecía oculta.

Su pupila era ancha, con puntas en ambos extremos. El tono verde a su alrededor era demasiado grande.

Era evidente que apenas se había dado cuenta de mí cuando le hablé.

“Isaac,” dije, “todo estará bien. Solo cuéntame un chiste. Eso te hará sentir mejor,” referenciando su tropos de salud mental, el humor negro, que lo calmaba cuando hacía una broma mórbida.

Él estaba en pánico. Los fármacos se estaban despejando. El sedante era una droga inventada para películas, que no seguía reglas lógicas. No debería haber salido de él tan rápido.

“Espera,” dije, “tengo uno.”

Si mi plan no funcionaba, me sentiría como un verdadero imbécil.

“Mira esto,” dije, moviendo mis nuevos dedos alargados, “puedo contar hasta doce y medio usando mis dedos ahora.”

Esperaba que descubriera a qué me refería. Probablemente Carousel cortaría ese chiste.

Parecía que iba a decir algo.

“Ya puedo tomar una foto grupal yo solo,” murmuró.

Eso fue una broma. No podía distinguir si estaba funcionando.

“Eso es bueno,” dije. “¿Tienes otra?”

Él estaba mirando al otro lado de la habitación hacia la ventana, que estaba tan limpia y pulida que podía ver su reflejo en ella. Había preguntado por qué las ventanas de ese viejo y deteriorado edificio eran lo único limpio. Esto formaba parte del plan.

“No te mires a ti mismo,” le dije. “Solo cierra los ojos. Dime otra broma.”

Hizo lo que le indiqué.

“Me pregunto si ahora puedo conseguir espejos a mitad de precio,” dijo. Continuó murmurando, tratando de distraer su mente de su condición. “No, la broma del medio precio debería ser sobre disfraces de Halloween. Ahora sé cuál es mi lado bueno.”

Su estado de Incapacitado, que había estado completamente activo, ahora parpadeaba. Su tropo funcionaba. Las bromas lo calmaban, incluso las malas.

Mientras se tranquilizaba, nos retiramos de la pantalla.

Noté que los matones híbridos que rondaban por ahí ya se habían ido del laboratorio. Bobby había desaparecido. También Cecilia y el Dr. Halle.

Avanzamos hacia Second Blood. Fue rápido y todavía no lograba salir de la cama.

Empecé a contemplar todos los métodos posibles para escapar. Desplazar la cama para buscar un bistrú, voltear toda la cama, simplemente moverme hasta liberarme, etc., pero ninguno funcionaría. Mi tropo de Escapista habría funcionado si fuesen plausibles.

¿¿Qué se suponía que debía hacer??

Afortunadamente, mi respuesta llegó solo unos minutos después.

Alguien dio una patada a la puerta del laboratorio. Era la misma puerta que había visto al llegar al edificio abandonado.

Pronto escuché pasos que se movían hacia adentro.

En pantalla.

“Te dije que podría haberlo conseguido,” dijo Dina.

“Por muy genial que hubiera sido, estabas tardando demasiado,” dijo Antoine.

¡Lo habían logrado!

“¡Por aquí!” grité.

En medio de la emoción por su llegada, Isaac gritó: “¡No me mires!”

El método que lo había calmado antes dejó de funcionar.

“¡Isaac!”, dijo Cassie. “¡Isaac! ¡Dios mío!”

Corrió por toda la habitación. Los demás la seguían, evitando los equipos apilados en el lugar.

“¡Cortadme!” grité.

Antoine se había distraído con la nueva cara de Isaac. Se puso en acción, tomando un bisturí y cortando las ataduras como si fuera nada.

Observé que ahora llevaba el cinturón de Willis, completo con armas y radio.

Sabía que era en vano, pero pregunté de todos modos: “¿Contactaste a la policía?”

“No nos van a escuchar. Pensaron que era una broma por lo de los Centenarios. ¿Puedes creer eso?” dijo Antoine.

Podía creerlo. Ese era el resultado de uno de los tropes enemigos en acción. Debíamos intentarlo porque eso harían nuestros personajes, pero claro, no funcionaría.

Isaac estaba al borde de gritar mientras Antoine se acercaba a cortar sus ataduras.

“Espera,” dije.

Corrí hacia el armario donde Bobby había conseguido la jeringa de latón y el sedante.

“Kimberly, ¿sabes usar esto?” pregunté, entregándole una jeringa limpia y una botella del medicamento mágico.

Asintió. Tomó las cosas de mí y empezó a leer la etiqueta.

“Eso es muy raro,” susurró.

Había utilizado su Trama Conveniente para establecerse como enfermera. Administrar ese sedante sería pan comido.

Ella extrajo el líquido y sedó rápidamente a Isaac con una pequeña cantidad.

Al instante, él se tranquilizó. En realidad, comenzó a reír.

Fuera de la pantalla.

“Gracias a Dios que pudiste mostrarnos dónde estabas,” dijo Cassie. Podía ver que estaba herido, pero... “Ni siquiera vi cómo lo atraparon. Estaba tan oscuro.”

Kimberly rodeó a Cassie con su brazo.

Antoine me miró con curiosidad. “¿Por qué atacó primero a él? ¿Qué pasó con tu plan?”

Sabía lo que había ocurrido. Bobby había ordenado el ataque. Mi plan de distraer a los villanos funcionaba.

No podía decírselo. Al menos no hasta que terminara la historia.

“Quizá le debilitaron, por eso su PA era menor que la mía. Luego la lesión la bajó permanentemente,” dije. “Hablemos de eso después. ¿Insert Shot te dijo que vinieras aquí?”

No estaba seguro de cómo sería para ellos lo que yo llamaba Insert Shot, el tropo que usaba para notificar a mis aliados sobre la pistola sedante de Dr. Halle.

“Recibí un aviso en el fondo rojo que decía, Aplicador de Suero Antídoto. El bolsillo del Dr. Howard Halle en la antigua planta de tratamiento de agua del Parque de Diversiones,” explicó Antoine. “Cassie fingió que obtuvo la información en una visión psíquica. Fuimos al Ayuntamiento y buscamos la ubicación en un gran mapa que Dina robó de ellos.”

Asentí. Algo me decía que sería así.

Los psíquicos eran realmente útiles. Tener una excusa narrativa para actuar basándose en información obtenida de los tropos de los aliados era un gran logro. Pensar que podría haber estado haciendo eso todo el tiempo con mi propio tropo de fondo...

Tras unos minutos para vigilar el lugar y esperar que Isaac se estabilizara, pasamos a la pantalla.

“Tenemos que salir de aquí,” dije. “Halle está usando un líquido mágico llamado Ichor para fusionar partes de animales con humanos. Eso fue lo que nos hizo a nosotros.”

Moví mis largos dedos.

Kimberly retrocedió, sorprendida.

“La mayoría de la gente usa sus dedos para contar hasta diez,” dijo Isaac. “Él puede usarlos para multiplicar.”

Los demás se rieron, probablemente más por la actitud extraña de Isaac que por el chiste en sí. Era básicamente mi chiste también, pero traté de no sentirme amargada por ello.

Antoine fue a sacar a Isaac de su cama.

“¿Qué clase de animal tiene esa piel?” preguntó, observando detenidamente el rostro de Isaac.

Justo cuando hizo la pregunta, el edificio empezó a temblar. No era el agua furiosa de las alcantarillas, aunque eso aumentaba cada vez más, sino que venía de lo profundo del edificio.

“Tenemos que salir de aquí,” dije, mirando en la dirección en la que Bobby y el Dr. Halle habían huido.

“¿Es ese el sonido de la alcantarilla rompiéndose?” preguntó Kimberly.

“El agua aceleró mucho,” dijo Dina. “Puede que sea eso.”

No, dije. “Es otra cosa.”

Lo que fuera que estuviera haciendo ese ruido, estaba cerca. No sabía qué era, pero temía que pronto lo descubriríamos.